

**DR. CARLOS J. FINLAY**  
APUNTES BIOGRAFICOS

Por el Dr. JUAN GUITERAS

Carlos Juan Finlay (1) nació en la ciudad de Camagüey, Cuba, el día 3 de diciembre del año 1833. Fueron sus padres, Eduardo, escocés, e Isabel de Barcés, francesa. Es, por consiguiente, como el otro gran antillano, Alejandro Hamilton, vástago ilustre de dos grandes nacionalidades: Francia y Escocia.

En la primera infancia aún, pasó con su familia a la Habana, residiendo hasta la edad de once años en esta capital y en Guanímar, donde poseía su padre uno de los cafetales que por aquella época enriquecían y hermoseaban la zona de Alquizar. Allí la vida del campo probablemente despertó en él la vocación por los estudios de la naturaleza, mientras que recibía, al mismo tiempo, esmerada educación de su tía Ana, que hubo de dejar una escuela que tenía en Edimburgo para venir a vivir al lado de su hermana.

A la edad de once años, en 1844, fue enviado a Francia donde prosiguió su educación escolar en el Havre hasta el año 1846, en que tuvo que regresar a Cuba por haber sufrido un ataque grave de corea. Esta afección dejó en él la huella de cierta tartamudez de que curó por una enseñanza metódica que instituyó su padre, sin que haya desaparecido nunca por completo cierta lentitud y dificultad que caracterizan su lenguaje hablado y que parecen proceder más bien de la mentalidad que de un defecto de articulación.

Volvió a Europa en 1848, para completar su educación en Francia, pero la revolución de aquel año le obligó a permanecer en Londres y cerca de un año en Maguncia. Ingresó por fin en el Liceo de Rouen, donde prosiguió sus estudios hasta el año 1851, en que tuvo que volver a Cuba a convalecer de un ataque de fiebre tifoidea.

(1) El Dr. Finlay fue bautizado con los nombres de Juan Carlos, pero firmo siempre Carlos Finlay, hasta que su hijo Carlos Eduardo empezó a ejercer la medicina. Entonces el padre adoptó la inicial J. para diferenciar las dos firmas.

Se trató entonces de hacer valer sus estudios hechos en Europa con el fin de ganar el bachillerato e ingresar en la Universidad de la Habana, para el estudio de la medicina; pero no siendo esto posible, tuvo que pasar a Filadelfia, donde no se exigía, para cursar los estudios médicos, grado alguno de facultad menor. Cursó, en Filadelfia, la carrera de medicina, doctorándose el 10 de marzo de 1855, en el Jefferson Medical College, plantel donde habían estudiado antes Brown-Séquard y Marión Sims. Entre los profesores de aquella facultad, el que parece haber hecho más honda impresión en la mente del joven Finlay, fue John Kearsly Mitchell, el primero, tal vez, en enunciar y mantener de una manera sistemática, la teoría microbiológica de las enfermedades. El hijo de este profesor, hoy el famoso S. Weir Mitchell, recién llegado entonces de París, de las aulas de Claude Bernard, como preceptor particular del joven cubano y profesor auxiliar en la escuela filadelfiana debió de influir también favorablemente en el desenvolvimiento del genio de nuestro paisano. Establecióse entre los dos una buena amistad que se ha mantenido hasta la fecha. "Fue Finlay, me escribe el doctor Mitchell, el primer alumno que tuvo, y dirigí sus estudios durante tres años. En vano le insté para que se estableciese en Nueva York donde residían a la sazón muchos españoles y cubanos, consejo que, por fortuna, hubo de desatender".

El Dr. Finlay revalidó su título en la Universidad de la Habana el año 1857.

Domina en la familia de los Finlay, según le he oído a nuestro biografiado, un espíritu de aventuras. Su padre ejerció la medicina en diversos lugares y países, y uno de sus tíos combatió por las libertades americanas en los ejércitos de Bolívar.

Recién graduado, en 1856, pasó Carlos Finlay a Lima, con su padre y después de probar fortuna durante algunos meses, volvió a la Habana. De nuevo repitió la tentativa en el año siguiente con el mismo resultado. En 1860-61 estuvo en París, frecuentando las clínicas de los hospitales y dedicándose a estudios complementarios. En 1864, intentó establecerse en Matanzas, experimento que duró también pocos meses. Donde quiera que iba, dedica base al ejercicio de la medicina en general, especializando algo en la oftalmología.

Casó el Dr. Finlay en la Habana, el 16 de octubre de 1865, con la Srta. Adela Shine, natural de la Isla Trinidad, mujer adornada de notables dotes intelectuales que, con tierna fidelidad, puso siempre al servicio del esposo. El matrimonio ha constituido una familia respetabilísima por todos conceptos en la sociedad habanera.

Además de los viajes ya mencionados, el Dr. Finlay salió de Cuba en junio de 1869, para visitar con su esposa el lugar del nacimiento de ésta, la Isla Trinidad, y retornó a la Habana en diciembre del mismo año. Pasó también los últimos meses del año 1875 en Nueva York por la salud de su esposa.

En el año 1881, fue a Washington como representante del Gobierno colonial ante la Conferencia Sanitaria Internacional allí reunida y escogió aquella ocasión para enunciar por primera vez su teoría de la transmisión de la fiebre amarilla por un agente intermediario.

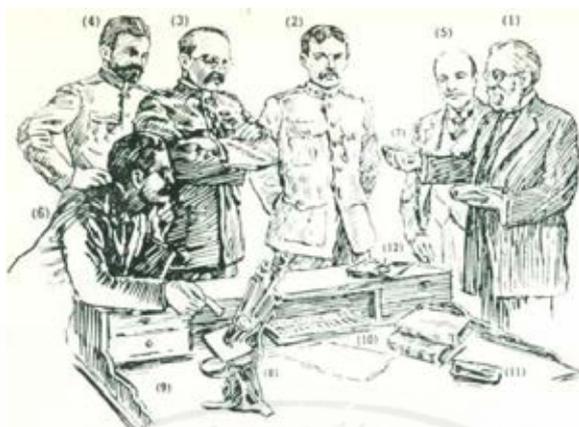
Al estallar la guerra hispano-americana, el Dr. Finlay, que tenía entonces sesenta y cinco años, pasó a los Estados Unidos a ofrecer sus servicios al Gobierno americano e insistiendo con su amigo el Dr. Sternberg, Jefe entonces de la Sanidad militar, tuvo éste que enviarlo a Santiago de Cuba, donde hizo vida de campaña con las tropas sitiadoras, manteniendo, como lo hacía en todas las ocasiones oportunas, las ventajas que a las mismas reportaría la aceptación de sus opiniones sobre la transmisión de la fiebre amarilla.

Al volver a la Habana el año 1898, el Dr. Finlay se dirigió a los oficiales de la Sanidad Militar americana, al Gobierno y a la Prensa médica de los Estados Unidos, proponiendo su nuevo plan de campaña contra la fiebre amarilla, el mismo que aceptado más tarde, hubo de desarraigar en nuestro territorio la secular endemia.

Hermoso espectáculo, que no olvidará el que esto escribe, fue la recepción que hizo el Dr. Finlay a las comisiones científicas que vinieron, a la sombra del nuevo pabellón, a estudiar la fiebre amarilla. Con entusiasmo generoso explicaba sus doctrinas, mostraba sus copiosas notas, sus experimentos, sus aparatos, sus mosquitos, y se ofrecía para coadyuvar en cualquier forma a las experiencias que se hiciesen.

El Dr. E. Durham que, con el Dr. Walter Myers, pasaba en comisión de la Escuela de Medicina Tropical de Liverpool a estudiar la fiebre amarilla en el Brasil, se detuvo algunos días en la Habana e informaba a su escuela en los términos siguientes: 'Es un hecho incontrovertible que el Dr. Carlos Finlay de la Habana, fue el primero en establecer la experimentación directa para probar sus ideas sobre el papel que desempeña el mosquito en la transmisión de la fiebre amarilla. Su método consistía en alimentar mosquitos con sangre de casos de fiebre amarilla antes del sexto día de la enfermedad y aplicarlos después, con un intervalo de 48 horas a 4 ó 5 días, a personas susceptibles. Su idea era producir una infección ligera con el objeto de obtener la inmunidad'

## EL TRIUNFO DE FINLAY



Visita de la Comisión Médica Americana a la casa del doctor Carlos J. Finlay (1), calle de Aguacate 110, Habana, en agosto 1\* de 1900, para recibir del sabio cubano sus documentos e investigaciones con los cuales se pudo exterminar de Cuba, Panamá y las regiones urbanas del mundo la mortífera fiebre amarilla.

Componían la Comisión los doctores Walter Reed (2), presidente, James Carroll (3), Aristides Agramonte (ausente), y Jesse Lazear (4). Se encontraban con el doctor Finlay los doctores Antonio Díaz Albertini (5), y Carlos E. Finlay, hijo, (6).

Desde 1881 el doctor Finlay había encontrado la fórmula para liberar los países tropicales del peor enemigo, pero sólo tuvo un fiel colaborador: el doctor Claudio Delgado.

La Comisión, después de infructuosas investigaciones, decide por último realizar esta visita histórica, a causa de la cual y empleando los descubrimientos y métodos del doctor Finlay, comprueba éstos.

Al quedar demostrado en 1900 lo profundo de su genio investigador, el general Leonardo Wood, médico, Gobernador Militar de Cuba, remitió al Gobierno de su país el siguiente despacho:

La confirmación de la doctrina del doctor Finlay es el paso más grande que se haya realizado en las ciencias médicas después del descubrimiento de la vacuna por Jenner, y este hecho, por sí sólo, justifica la guerra Hispano-americana.

(7) – La Habana de porcelana del Dr. Finlay cortando huevos del *Aedes aegypti*, la única especie del mosquito transmisor de la fiebre Amarilla, con cuyas larvas desarrolladas se realizaron los experimentos de la Comisión.

(8) – Microscopio binóptico del Dr. Finlay uno de los primeros utilizados en América, (Museo Nacional)

(9) – Mesa de trabajo del Dr. Finlay (Museo Nacional)

(10) – Tabula China empleada por el Dr. Finlay para cálculos.

(11) – Jeringuilla para inoculaciones

(12) – Termómetro y calorímetro del Dr. Finlay (Academia de Ciencias)



Oleo del gran pintor Esteban Valderrama simbolizando el momento en que el Dr. Finlay hacía entrega de los huevos de mosquitos a la Comisión Médico Militar Americana que presidía el Dr. Reed, que comprobó oficialmente el descubrimiento finlaista.

“En una agradable conversación que tuvimos con el amable doctor el 25 de julio de 1900, nos informó de numerosos detalles de sus experimentos comenzados en el año 1881. La clase de mosquito escogido por el Dr. Finlay para sus experimentos era el *Stegomyia fysiata*, que él llamaba *Culex* mosquito. Hubo de fijarse en esta especie por ser el mosquito de las ciudades”.

Igual acogida tuvo la Comisión de Médicos del ejército americano a la cual entregó él mismo los mosquitos con que comenzaron las experiencias que habían de confirmar definitivamente la doctrina que venía sosteniendo desde veinte años atrás. Con qué generoso interés siguió las experiencias de esta Comisión, reconociendo desde luego la imperfección de sus propios métodos, admirando con candor infantil los procedimientos nuevos bacteriológicos y los resultados demostrativos que se iban obteniendo, admiración de la obra en sí y que, con demostraciones de verdadero afecto, extendía a los protagonistas de la obra, los miembros de la Comisión, y los individuos que se prestaban a las inoculaciones.

En el año 1902, al terminar la primera intervención americana, el Gobierno de la República por indicación del Dr. Diego Tamayo, Secretario de Gobernación, hizo justicia a nuestro ilustre compatriota, nombrándole Jefe de Sanidad de la República y Presidente de la Junta Superior de Sanidad. Después de esta fecha el Dr. Finlay salió varias veces al extranjero en representación de nuestro Gobierno ante varios Congresos de carácter sanitario. Tuve la satisfacción de acompañarlo siempre. Donde quiera que iba, su personalidad atraía las más sinceras demostraciones de respeto y cariño, como tributo a su genio y a sus grandes virtudes. En la Sesión XXXI de la American Public Health Association, celebrada en Washington en octubre de 1903, fue electo Presidente de la Asociación para la reunión que se celebró en la Habana en enero de 1905, con brillante éxito.

Numerosos son los honores que se han tributado al Dr. Finlay por corporaciones y publicaciones nacionales y extranjeras. El cuerpo médico de la Habana, conjuntamente con oficiales del ejército americano y presidiendo el General Leonardo Wood, celebró con un gran banquete y la presentación de una estatua simbólica del genio, el triunfo de las doctrinas de Finlay en el año 1900.

Su Alma Máter, el Jefferson Medical College, le confirió el Doctorado en Leyes, ad honorem, y a propuesta del Dr. Mitchell, el College of Physicians de Filadelfia le hizo socio de honor. La Escuela de Medicina Tropical de Liverpool le otorgó, en 1907, la medalla Mary Kingsley con que viene recompensando el mérito de los grandes descubridores en el campo de la Medicina Tropical, como Manson, Ross, Koch. El Gobierno Provisional de Cuba, el ministro de la Gran Bretaña y la Universidad Nacional contribuyeron a solemnizar este acto que se celebró en el aula

magna de la Universidad. En 1908, el Ministro de Francia, en nombre de su gobierno, ante numeroso público, en los salones de la Academia de Ciencias, le condecoró con la insignia de Oficial de la Legión de Honor. El Gobierno de la segunda intervención, por gestiones del coronel J. R. Kean y a propuesta del Primer Congreso Médico Cubano, le asignó una pensión vitalicia y ordenó la publicación de sus obras. Recientemente (8 de noviembre de 1911) el Dr. Finlay ha sido nombrado Miembro Corresponsal de la Academia de Medicina de Francia.

Nuestras sociedades científicas siempre recibieron con respeto sus comunicaciones aún en los tiempos en que sus teorías eran juzgadas como extravagantes. Particularmente la Academia de Ciencias, donde gustoso ofrendó siempre las primicias de su genio, le acogía en estos últimos años con especiales muestras de cariño y consideración.

Y no podía ser de otra manera si se tiene en cuenta el carácter del hombre, genial, bondadoso, modesto, fuerte en una rectitud de principios verdaderamente extraordinarios que se apoyaba en la más profunda reverencia por la verdad y en una fe religiosa de gran devoción. Grande fue su gratitud a los que le ayudaron en su obra, debiendo citarse como especial ejemplo su recuerdo siempre entusiasta para con el Dr. Claudio Delgado, su compañero de trabajo, y para los Padres de la Compañía de Jesús, que fueron los primeros en prestarse a sus inoculaciones por el mosquito.

Veamos por un momento qué características de raza pueden haber influido en la evolución de esta mentalidad y de este carácter extraordinarios. Heredó del escocés la intensidad y el ardor en la persecución de un objetivo, así como la disciplina lógica y la afección a teorizar sobre problemas abstrusos, y a discutir sobre ellos, sin perder, aún en medio del mayor enfrascamiento, el hilo de oro de la aplicación práctica. Del francés tuvo la amabilidad, la cortesía, la imaginación viva y el amor a la gloria que, aunque no aparece en la superficie, ni tampoco otras cualidades de acometividad llegan a tocar en la arrogancia ni afean en manera alguna su carácter, porque lo encubre todo la más exquisita modestia que, me complazco en creer, le prestó nuestro ambiente criollo de aquel tiempo, juntamente con el amor intenso a la patria cubana.

Aunque la obra de Finlay es variadísima y lleva siempre en todas sus manifestaciones el sello de una gran originalidad, queda, sin embargo, todo oscurecido ante la labor inmensa y las geniales concepciones que consagró a los problemas de la fiebre amarilla.

Empezó a dedicar su especial atención a ellos, en 1872, año en que publicó su primera memoria sobre la alcalinidad del aire como causa de la enfermedad. Profundamente obsesionado en estos estudios lo encontró la Comisión Americana que visitó la

Habana en el año 1879, y que puede contarse entre los factores que le sugirieron la nueva vía de investigación. La Comisión americana sostenía que la fiebre amarilla era producida por un germen vivo que se desprendía del enfermo, pero que estaba obligado a sufrir alguna alteración en el ambiente, en la casa, en las excretas, antes de encontrarse en condiciones de infectar el cuerpo sano. No es difícil reconocer en estas teorías algo que puede haber sugerido la idea del insecto intermediario, como también contribuyó a la sugestión, según nos relata el mismo Dr. Finlay, la lectura, en la Botánica de van Tieghem, del papel intermediario del agracejo en la evolución de la roya, enfermedad parasítica del trigo, producida por la *Puccinia graminis*. Al año siguiente, 1880, empezó a encaminarse por nuevas vías y en 1881 enunció las proposiciones que verá el lector en el curso de este libro y que proclaman su gran descubrimiento. Después de aquella fecha no cesó un momento en su tenaz empeño.

Desde el punto de vista de la epidemiología, y con los argumentos de esa ciencia y sus hermanas la historia, la meteorología, la zoología; estudiando los hábitos y distribución geográfica de la estegomía, y la influencia, por ingeniosos experimentos comprobada, que sobre ella ejercen las variaciones de la temperatura y de la presión atmosférica el Dr. Finlay demostró perfectamente la verdad de su doctrina. Si no logró convencernos, culpa nuestra fue y no de su genio clarividente.

La gloria de Finlay es comparable a la de Manson. Este en Amoy y aquél en la Habana fueron los fundadores de la doctrina de la transmisión de enfermedades por insectos chupadores de sangre. Ni ellos pueden disminuir en un ápice la gloria de sus sucesores, Smith y Kilbourne, Grassi, Ross, Koch, Reed, Lazear, Carroll, Agramonte, Laveran, Bruce y otros, ni la obra de éstos mengua en nada la de los iniciadores.

Con anterioridad a los trabajos de Manson y Finlay, nada encontramos en la historia de estos asuntos. No existe diferencia alguna entre las creencias populares de los negros de Africa o de los campesinos italianos que creían que las fiebres de su comarca eran producidas por la picadura del mosquito, y los escritos de Nott, Beuperthuy y King. El que siga estos autores cronológicamente puede imaginarse, a primera vista, que está siguiendo el proceso de evolución de una gran doctrina; pero pronto se encuentra encerrado en un gran círculo vicioso que le vuelve a traer a los negros de Africa; ninguno tocaba en la clave del problema: la trasmisión de un parásito del enfermo al sano. Parece, por un momento, que Beuperthuy, por lo menos señala la especie de mosquito, "el zancudo bobo", a "pattes rayées de blanc", como el culpable de la infección amarilla, pero estudiando bien su obra, se verá que ni el mosquito de Beuperthuy es la estegomía, ni tampoco lo señaló el agente productor de la fiebre; al contrario, lo desechaba por ser un mosquito casero, precisamente la razón

en que se fundaba Finlay para escogerlo entre todos los demás, el francés imaginaba algo que pudiese traer la fiebre de los pantanos y de las materias en descomposición; el cubano veía la transmisión de hombre a hombre; ahí está la diferencia fundamental: aquello era una quimera, esto era la verdad.

No es sólo en el campo de la fiebre amarilla que el Dr. Finlay se hace acreedor de la gratitud universal. La inventiva de su claro ingenio descubrió, o dio forma práctica, a la solución del problema del tétano infantil. En el año 1903. el Dr. Finlay fijó su atención en este importante asunto y, con una precisión verdaderamente admirable, sugirió al Dr. Dávalos que examinase bacteriológicamente el pabito que el pueblo usaba para la ligadura del cordón umbilical. La investigación dio por resultado que, efectivamente, esta cuerda suelta de algodón, era un nido particularmente rico en bacilos del tétanos. En aquel mismo año sugirió el Dr. Finlay la preparación de una cura aséptica para el ombligo, la cual, desde entonces, viene distribuyéndose gratuitamente, en paquetes cerrados, por el Departamento de Sanidad, habiéndose reducido, en consecuencia, la mortalidad por el tétanos de 1,313 en el año 1902 a 576 en el año 1910. '

La laboriosidad del Dr. Finlay es pasmosa. En medio del trabajo constante de su profesión y de la producción frecuente de escritos sobre asuntos de Patología y de Terapéutica, en lo que se adelanta generalmente a sus compatriotas, como puede verse en sus trabajos sobre la filarí y el cólera, encuentra tiempo, por ejemplo, para descifrar un antiguo manuscrito en latín haciendo acopio de datos en fuentes históricas, heráldicas y filológicas para comprobar que la Biblia en que aparece el escrito hubo de pertenecer al Emperador Carlos V en su retiro de Yuste, o trabaja en la resolución de problemas de ajedrez, altas matemáticas o de filología; o elabora complicadas y originales teorías sobre el Cosmos, en las que figuran hipótesis atrevidas sobre las propiedades de las substancias coloideas y el movimiento en espiral. Más recientemente, en medio de su labor mecánica y cansada de una gran oficina del Estado, y cumplidos ya los setenta años, se familiariza hasta conocer a fondo toda la doctrina de la inmunidad y las teorías de Metchnikoff, Ehrlich, Buchner. presentando su propia concepción del intrincado problema.

La designación del Gobierno para enviarle como representante al Congreso de Higiene y Demografía de Berlín en 1907, espolea aquellas grandes energías y revive los estudios sobre la influencia de la temperatura en la propagación de la fiebre amarilla, por su acción sobre el mosquito, estudios que, en sus principios, habían contribuido a fijar en su mente la teoría que le ha hecho inmortal. Esta fue la última producción de aquel claro ingenio, antes de que apagase su lumbre la sombra de los años.

La obra de Finlay puede resumirse en muy pocas palabras: él descubrió que la fiebre amarilla se transmitía por la picadura del mosquito estegomía, y él inventó un método seguro para la extinción de la enfermedad. Contemplando los beneficios que a la humanidad reporta la labor de nuestro compatriota, decíamos en el primer Congreso Médico Nacional: "Y si nuestra satisfacción es grande, señores, cuál no será la del hombre, tan insigne como modesto, que, por un esfuerzo intelectual que tiene pocos semejantes en la historia del pensamiento humano, hizo posible todo ese fenómeno sorprendente, ese beneficio sin igual".

